

Del blog:

<http://solecismos.wordpress.com/2012/09/04/benin-2012/>

Después del tortazo inevitable con el mundo real tras pasar tres semanas increíbles en África, me ha costado muchísimo sentarme y ponerme a escribir para dar parte de qué ha sido de mí este tiempo. Sin embargo por muchísima pereza que me dé, y por muy bien que esté uno sin rallarse la cabeza, sé que tengo que hacerlo, primero para desenredarme un poco el nudo de pensamientos que llevo encima y segundo para compensar a aquellos a quienes prometí escribir todos los días que estuviera allí, promesa que he roto un poquito bastante.. Culpa mía y de mis típicas promesas super fáciles de cumplir .. Así que en fin... allá voy!

Recuerdo cuando leí por primera vez en la oferta de voluntariados el nombre de Benín y tuve que buscarlo en el mapa pues no me sonaba nada de nada, ni siquiera de aquellos tiempos en tercero de la eso o así cuando tuvimos que aprendernos los países y las capitales y esas cosas poco importantes a las que en mi colegio dedicamos como mucho dos clases. (Aprovecho para meterme un poco con el sistema educativo español ya que estoy) El caso es que ese nombre y ese país ha pasado de ser algo totalmente desconocido para mí a un lugar del que (y perdonadme aquí porque que conste que odio las cursiladas y más aun escribirlas) tengo que decir que me he enamorado totalmente.

Este año en la asignatura de geografía, en la que aunque no dimos las capitales y los países( cosa que me habría venido bastante bien) hemos hecho cosas muuy chulas. Uno de los libros que nos hizo leer nuestro profesor, Juan Carlos Jiménez Redondo, un sabio entre los sabios, fue “El Club de la Miseria” que hablaba de los problemas de África, y muchas de las “trampas” que impedían que tantos países de África pudieran salir a flote. Juan Carlos nos hizo un examen oral del libro individualmente, y aunque por lo general preguntó a la mayoría cosas bastante predecibles y fáciles de contestar, cuando llegó mi turno me quedé totalmente en blanco cuando me soltó la preguntita de: ¿por qué África es África? No me acuerdo exactamente qué respondí, pero sé que estuve un buen rato callada poniéndome de los nervios porque no se me ocurría manera alguna de salir de aquella. Al final conseguí responder algo medio decente, bastante churro, y me puso un aprobadillo con el que me fuí bastante cabreada pues me parecía una injusticia que me hubiera preguntado precisamente a mí aquella movida, y lo peor de todo esto fue que con el cabreo se me olvidó preguntarle qué es lo que tendría que haber respondido.

Un par de meses más tarde cada grupo de nuestra clase de humanidades tuvo que hacer un trabajo sobre una parte del mundo y a uno de los grupos les tocó hacerlo sobre África. Juan Carlos fué dejando caer varias conclusiones, de las que me he acordado mucho a lo largo del viaje. Una de ellas es el hecho de que cuando se habla de África, enseguida nos viene a la mente la imagen del niño famélico y rodeado de moscas que nos enseñan las ongs para que la gente colabore. Pero África es muchísimo más que eso.

Para empezar, África es muy grande y diversa, y aunque si es verdad que puede que todos los países africanos tengan muchas cosas en común, cada zona, tiene sus particularidades, sus lenguas, sus religiones, sus conflictos; por ejemplo Benín no tiene nada que ver con Libia, ni con Nigeria, ni con Sudán, etc, etc. Por eso me da la sensación de que una de las cosas que hace que África sea África es precisamente esa generalización que hace que se meta en el mismo saco a muchos países que no tienen

nada que ver los unos con los otros, o más bien que necesitan soluciones distintas o ayudas distintas, lo que provoca que no seamos capaces de encontrar una solución común y concluyamos en que no existe solución alguna, y todo esto con la consecuencia de que la cooperación y la ayuda no estén bien orientadas o distribuidas.

Bueno, obviamente yo no soy aquí una experta en el tema, y puedo perfectamente estar equivocada en lo que piense y probablemente lo esté, pero sí os puedo asegurar que seguiré aprendiendo e informándome y os mantendré al tanto si me reitero o descubro que estoy metiendo la pata en cualquier cosa, y por supuesto os animo a replicar o llevarme la contraria en cualquier cosa con la que no estéis de acuerdo.

El caso es que yo iba a Benín pensando que la pobreza de aquel lugar me impactaría, me haría sentir una pena horrible y estaba convencida de que me pasaría el viaje llorando y pasándolo mal. Pues bien, sí, he visto mucha miseria, y me han chocado horriblemente muchísimas cosas: la enorme cantidad de niños en la calle desatendidos, harapientos, pidiéndote cualquier cosa a la mínima oportunidad, con los vientres hinchados y los ombligos salidos; Haber conocido o coger muchísimo cariño a un niño con una enfermedad grave o que se te parta el alma cuando te cuentan como muchas madres no han tenido otro remedio que abandonar a los bebés y niños con los que pasas el día en el orfanato y sentirte terriblemente impotente y culpable, por pertenecer a un mundo en el que vivimos entre algodones, y en el que ni siquiera somos capaces de valorar lo mucho que tenemos. Bueno, me he desviado un poquito del tema pero lo que os iba diciendo, que aunque sí que he visto mucha miseria y haya flipado muchas veces, también he visto cosas que me han llegado a dar hasta envidia, y que ojalá pudiera llevarme aquí a nuestro mundo materialista y superficial de merde.

La alegría de los niños para empezar es algo que me ha dejado totalmente fascinada. La capacidad que tenían de reirse, pasarlo bien, jugar y sobre todo la acogida que te dan en todas partes es una pasada. Empezamos el voluntariado dando clases durante dos semanas de español e inglés en el colegio que había inaugurado la fundación el año pasado y a mí me dieron ganas de quedarme allí para siempre, porque para empezar, el colegio estaba en un sitio precioso y podía tirarme un buen rato apoyada en la barandilla disfrutando de las vistas, pero además, aunque hubiera algún niño coñazo y revoltoso y a veces te dejaras la garganta poniendo orden en la clase, cuando llevaba ya dos días allí yo personalmente me sentía como en casa, porque me sentía útil; sentía que esos niños me querían allí, que les gustaba que les diera clase, que les dibujara cualquier tontería, que hablara con ellos y les contara cosas de España, que les preguntara, que jugáramos o nos riéramos. Y con los niños del orfanato más de lo mismo, fui a ver a los bebés uno de los primeros días por curiosidad (pues a mí los niños demasiado pequeños siempre me han aburrido a más no poder) y se me echó encima la cosa más bonita y simpática de niña que he visto en mi vida, Leia, que con 8 meses y saliéndole los dientes, no lloraba NADA, aunque se metiera un tortazo con otro niño (cosa que sucedía bastante a menudo) y no solo no lloraba sino que siempre estaba contenta y riéndose, y ya no me pude despegar de ella en toda la semana y me enamoré tanto de esa niña que me dejó de importar que me duchara todos los días con vómito y babas. Más mona..

Pero también podías ver como los niños contagiaban esa alegría a mucha gente que conocimos, o que vimos por las calles, las casas, en el mercado, en los bares, en el colegio y en el orfanato. Gente con aspecto totalmente alegre, que a mí personalmente me hacía sentir un poco idiota, porque me hacía caer en la cuenta de lo poquísimo que

se necesita para ser feliz, y todas las cosas que tenemos aquí, las muchas que nos sobran y todas de las que absurdamente dependemos... además de lo pequeñísimas que parecían tus preocupaciones del día a día comparadas con las de ellos.

Por eso recomiendo mi experiencia 100×100, porque en un voluntariado das pero también recibes, de hecho ha habido momentos en los que me he sentido terriblemente culpable pensando que me llevaba de África, mucho más de lo que dejaba allí. Sin embargo ese saborcín amargo que me ha dejado esta cuestión no me va a servir cómo excusa para no volver, porque la próxima vez intentaré hacer más todavía, y mejor. Y bueno para terminar decir que puedes leer quinientos mil testimonios como este, y de hecho yo me leí unos cuantos antes de ir a Benín, pero a parte que obviamente en unos cuantos párrafos no cabe todo todo, para sentir lo que he sentido yo este verano, tienes que ir allí y vivirlo.